ESTIBALIZ

NOVIEMBRE 1947

"ESTIBALIZ"

REVISTA MARIANO - LITURGICA

Organo del Santuario, de la Cofradía, de la Visita Domiciliaria, de los Recorridos y de todas las instituciones de Santa María de Estíbaliz, Patrona de Alava.

Se publica todos los meses, dirigida por los PP. Benedictinos del Monasterio de Estibaliz, con censura eclesiástica

SUSCRIPCION, AL AÑO, 10 PESETAS.—NUMERO SUELTO 1 PESETA

INDICACIONES

1.ª La Dirección y Administración de la Revista "ESTIBALIZ" radican en el Santuario de Estíbaliz (Alava). Teléfono, 1149.

2.ª Cuando el pago de la suscripción se haga por Giro Postal, debe hacerse a nombre del Administrador de "ESTIBALIZ", por Vitoria, Santuario de Estíbaliz (Alava).

3.ª Avísese oportunamente de todo cambio de domicilio o de cualquier anormalidad en la recepción de la Revista.

SUMARIO

ACTUALIDAD

Por lo menos, nosotros..., por Lázaro Seco, O. S. B.

SAGRADA LITURGIA

No olvidemos a nuestros difuntos, por Albino Ortega, O. S. B.

VIDA CRISTIANA

¿Qué son las Misas gregorianas?, por Lázaro Seco, O. S. B.

RELATOS EJEMPLARES

La danza macabra, (Cuento de Animas), por José Madinabeitia, Pbro.

¡Lloran las campanas! (Romance), por Benito Tapia, O. S. B.

Algo de cada cosa, por el peregrino.

NOTAS ALAVESAS

Otro Prelado mariano-alavés, por Patricio Elósegui, Pbro.

CRONICA DE ESTIBALIZ

GRABADOS:

Vista parcial de la plaza de Peñacerrada.—Catequistas y niños de Guereñu.—Dibujos de Beatriz.

Con la aprobación y bendición del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Carmelo Ballester, Obispo de Vitoria

ESTIBALIZ

REVISTA MARIANO - LITÚRGICA

AÑO VI ☙ Noviembre 1947 ☙ Número 71

Por lo menos, nosotros...

DOLOROSO es el recuerdo que deja la separación definitiva de un ser querido. Con las sílabas entrecortadas de su adiós último, queda abierto en nuestras almas un surco de íntima amargura, que para el no creyente puede llegar hasta marcar derroteros de inútil desesperación.

En cambio, para nosotros los cristianos la muerte de un ser querido abre ante nuestros ojos humedecidos por las lágrimas horizontes de eternidad y bienandanza: el cielo.

Sin embargo, sabemos muy bien por la doctrina cristiana que es necesaria una preparación sobremanera grande para presentarse ante la majestad de Dios y no todos los que mueren en gracia la poseen. Por eso, la providentísima misericordia divina ha dispuesto que las almas se preparen para hacer dignamente su entrada en el cielo mediante un tiempo de justa expiación. Así, poseemos nosotros ese dogma consolador sobre toda ponderación del Purgatorio.

En ese lugar, o estado, se encuentran las almas justas que habiendo salido de este mundo con algún reato de sus pecados, se purifican hasta hacerse dignas de entrar en posesión de la eterna bienaventuranza.

Y sabemos también que esas benditas almas pueden y deben ser ayudadas por los que todavía formamos parte de la iglesia militante. Muchas de ellas —las de nuesttros padres, hermanos, parientes, amigos y hasta enemigos— tienen derecho imprescindibles a nuestros sufragios. Y si algunas veces esta nuestra obligación no es estrictamente de justicia o de piedad, lo es de caridad.

Escuchemos, pues, los ardientes ruegos que desde aquella morada de expiación nos dirigen esas almas benditas. Ofrezcamos en su favor misas, oraciones, sacrificios, limosnas... Nos lo piden y a ello nos invita nuestra Madre la Iglesia... Cumplámoslo fielmente: por lo menos, nosotros...

A ello nos invita siempre de un modo especial todos los años el mes de noviembre.

Lázaro Seco, O. S. B.

SAGRADA LITURGIA

No olvidemos a nuestros difuntos

MUCHOS son los medios que la Santa Madre Iglesia ha puesto en nuestras manos con que poder aliviar las penas y los tormentos que las almas de nuestros difuntos padecen en el Purgatorio.

Pero, aparte de los sufragios y oraciones que en público y en privado ofrecemos por esas almas desventuradas, hay, además, otros medios, muy eficaces, aunque poco utilizados, y sobre los cuales casi nunca paramos nuestra atención. Estos medios son: la *mortificación y la limosna.*

La mortificación además de poseer una utilidad inherente al que la ejercita, es asímismo una verdadera *reparación* en favor de las benditas almas del Purgatorio. Padecen esas almas, por sus faltas, por sus pecados de tibieza, de sensualidad, de pereza: y nosotros esforzándonos por ser cada vez más activos y *diligentes* en el trabajo, más *fuertes* en resistir a las tentaciones, más *mortificados* en nuestros sentidos, debemos reparar todo cuanto ellas hicieron, debemos suplir cuanto ellas debieron hacer en la vida y no lo hicieron, y así pagar por ellas a Dios las deudas que con El contrajeron. Padecen esas almas porque buscaron con ansia los placeres del mundo, placeres a veces no prohibidos, sino lícitos, pero a los cuales se entregaron con demasiada voluntad: aquella curiosidad excesiva, aquel amor a los bailes, a las diversiones mundanas; aquellos desórdenes en las comidas, aquellas faltas de caridad para con el prójimo, fué lo que empañó la hermosura delicada de su virtud, y lo que les acarreó los horribles tormentos que ahora están padeciendo.

Y ya que Dios quiere aceptarnos como *reparadores y redentores*, privémonos, por el alivio de esas pobres almas, de concurrir a tal fiesta mundana que nos impediría el orar con fervor; no vayamos

adonde nuestra curiosidad nos arrastra; no busquemos lo que halaga nuestro gusto, nuestros apetitos y nuestra sensualidad.

Pero hagamos también alguna *limosna* en sufragio de nuestros muertos.

Cuando un pobre se acerque a los umbrales de nuestra casa y nos tienda su mano digna de compasión, pidiéndonos una limosna, digámosle al entregársela: "Ruega al Señor por las almas de mis muertos".

¡Oh si pudiéramos ver lo que hace esa limosna, refrendada por la oración de un pobre mendigo! San Juan Crisóstomo dice elocuentemente: "La limosna hace que la oración sea amiga de Dios, y que Dios la escuche siempre; nuestra limosna en sus manos se convierte en una fuerza poderosa que ablanda y enternece el corazón de Dios y alcanza de él cuanto se pide".

Cuando ofrecemos nuestras limosnas a los pobres o a los ministros de la Iglesia, a fin de que se hagan sufragios por los difuntos, se establece como una especie de contrato entre Dios y nosotros en cierto modo, una *verdadera compra de almas;* nosotros damos a Dios dinero, bienes materiales, nos abstenemos de algo para dárselo a El, y El, en cambio, *nos da almas.*

Sobre todo, si sabemos que nuestros parientes, ya difuntos, dejaron *deudas* mientras vivieron, paguémoslas pronta y generosamente. Si nos consta que cometieron alguna *injusticia,* seamos prontos en repararla; y siempre al dar limosnas hagamos intención de resarcir con ella todos los daños que pudieron haber hecho y que nosotros ignoramos. Si nos dejaron algunos *encargos,* cumplámoslos sin tardanza ni demora. Si nos pidieron que mandásemos ofrecer *sacrificios de misas* por ellos, cumplamos con su voluntad lo más pronto posible, porque la última voluntad y los postreros deseos de los moribundos, deben ser para nosotros lo más sagrado y querido de la tierra.

Albino Ortega, O. S. B.

VIDA CRISTIANA

¿Qué son las misas gregorianas?

EL trentenario gregoriano, o Misas gregorianas, consiste en una serie de treinta misas celebradas en favor de los difuntos durante treinta días consecutivos. Solamente los tres últimos días de la Semana Santa —Jueves Santo, Viernes Santo y Sábado Santo— no interrumpen la celebración consecutiva de estas misas, porque durante esos días, según las leyes litúrgicas de la Iglesia, se suspenden las Misas privadas.

Su origen y nombre datan del tiempo del Papa San Gregorio Magno (590-604), el primer monje benedictino que ocupó la cátedra de San Pedro. Después de haber desempeñado el cargo de prefecto de la ciudad de Roma, fundó en el Monte Celio, en la misma casa de sus ilustres padres, un monasterio benedictino, al cual se retiró y del que fué su primer abad.

Habiendo muerto uno de sus monjes, llamado Justo, el santo abad hizo celebrar durante treinta días consecutivos el santo sacrificio de la misa por el difunto, que al cabo de los treinta días se apareció a su hermano Coposio y le anunció su salida del purgatorio.

Este hecho, contado por el mismo San Gregorio en el libro de los "Diálogos", propagó esta costumbre entre el pueblo cristiano y la Iglesia ha aprobado, con su suprema autoridad la celebración de las Misas gregorianas, recomendando su práctica.

Podemos, pues, atribuir una gran eficacia al trentenario gregoriano, sin llegar a afirmar, sin embargo, que un alma queda infaliblemente redimida del Purgatorio, ya que, como es sabido, la medida con la que tanto los frutos de la misa como de las indulgencias y otros auxilios espirituales son aplicados a un alma, depende del beneplácito de Dios nuestro Señor.

Por tanto, si nos es posible y en cuanto esté de nuestra parte no dejemos de socorrer a nuestros queridos difuntos con esta hermosa y fructífera práctica.

Lázaro Seco, O. S. B.

RELATOS EJEMPLARES

La danza macabra

(Cuento de Animas)

ESCRIBO después de la siesta, a salga lo que saliere: es mi estilo. A esto se llama en castellano *borrajear*. Evoco a Ginesilla. Ginesilla no es nadie: no es una persona concreta cuando comienzo a escribir. Evoco el nombre y no la persona. Ginesilla es una niña que juega y salta delante de mí. Vamos andando ella y yo, no importa por dónde. Quizás luego lo diga. Me barrunto que lo tendré que decir. Contaré lo que pasó. Cuando íbamos, de pronto, Ginesilla prorrumpió en una exclamación: ¡Uy!, dijo, y comenzó a correr alocadamente.

—¡Ginesilla, no corras, observé yo.

—¡Uy!, iba ella exclamando mientras se alejaba. ¡Uy! ¡Uy!., con ademanes de susto incontenible.

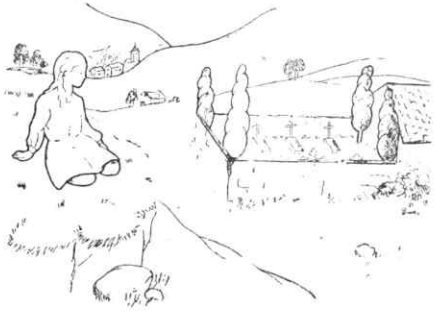
—¡Ginesilla, espera!, gritaba yo; pero inútilmente.

Seguíla y, a poco, dí con ella. Junto a un ribazo, con ojos desencajados y el pelo en desorden, me esperaba sentada. ¿Me esperaba? Quizás, no. Se hallaba más bien en estado inconsciente. Ni sabía dónde se encontraba, ni cómo ni porqué había llegado allí. Fuíme a ella, y al notarlo, acusó un ligero estremecimiento. Luego me reconoció y se inclinó hacia mí como buscando amparo.

—¿Qué te pasa, Ginesilla?, le dije. ¿Qué has visto? ¿Por qué temes? Toqué su frente y pude notar que la tenía fría como un mármol. Todo su cuerpo seguía temblando. Temí que enfermara. Pretendí hacerla hablar para que, desahogada su emoción, reaccionara convenientemente. Todo en vano durante largo tiempo. Ella seguía en su posición primera, como si de moverse se le siguiera algo malo. Tenía la cabeza vuelta hacia el lado contrario a nuestra dirección de marcha, y tan tenazmente que, ni asiéndola con fuerza pude conseguir que la volviera a fin de procurarle una más cómoda postura. Así continuó, con los ojos fuertemente cerrados, sin que yo insistiera en mis anteriores conatos de hacerla volver a la realidad.

Nos hallamos aún muy cerca del cementerio, junto al cual habíamos pasado poco antes Ginesilla y yo. Era la noche de ánimas. En el campanario vecino sonaba el toque lúgubre propio de la hora, tenaz, incansable... ¡Tín, tin!. ¡Tán, tán!—¡Tintín! ¡Tantán!. Luego el repique, en el cual, el campanero hallaba su mayor complacencia, porque lo hacía muy bien. Así se lo habían dicho muchas veces. Tenía fama en toda la comarca.

Era eso, a no dudarlo, el toque de ánimas del lugarejo vecino, lo que a Ginesilla había exaltado hasta producir en su rubia e inocente cabecilla las



alucinaciones que yo sospechaba. Porque Ginesilla no había visto nada. ¿Qué habría de ver? Había oído y nada más. Eso pensaba yo. Por eso quería hacerla hablar; pero me convencí de que todos mis esfuerzos resultarían inútiles hasta que ella, espontáneamente, pasada ya aquella tensión de ánimo en que se encontraba, quisiera confiarme el secreto de sus pretendidas visiones que tanto me intrigaban.

Dejela, pues, que se tranquilizara, y cesé de preguntarla y de hablarle. Prodújose con esto un silencio, durante el cual, allí en pleno campo alavés, en aquellas horas vespertinas, en un anochecer como aquel, no se oía ruído alguno; porque las tardes otoñales, en Alava, carecen de ruídos, si no es el que produce el viento al arrastrar las hojas mustias caídas a consecuencia de las primeras heladas. Durante estos momentos de silencio profundo en la naturaleza, sólo se oía el repiqueteo incesante que el campanero famoso prodigaba a los cuatro vientos... ¡Tín, tín! ¡Tán, tán! ¡Tín, tán! ¡Tán, tán!...

Ginesilla era lista, muy lista. Era una niña precoz. A los diez años, porque tenía diez años, no sé si lo he dicho ya, había leído más que muchos en toda su vida. Leía cuanto caía en sus manos. Entonces no había periódicos ni revistas para niños: escaseaba mucho el material de lectura. Por eso había que vigilar mucho a Ginesilla: porque, en su afán de leer, echaba mano de cuantos libros hallaba en mi biblioteca escritos en romance. Un día, según me refirió por fin, leyó que un personaje, no sabía quién, ni cómo, había sido llevado a un campo que estaba lleno de huesos de personas muertas. Era aquel campo un osario inmenso cubierto de calaveras y otros huesos que suelen verse en los cementerios.

—¡Ah, picaruela!, díjele: has leído la Biblia, y, en ella, el capítulo 37 de la profecía de Ezequiel. ¡Bueno, bueno!: sigue contándome mientras se te pasa el susto.

Ella prosiguió diciendo: "Dios le preguntó: ¿cómo podrá hacerse que estos huesos vuelvan a la vida? Aquel hombre contestó; Vos, Señor, sabéis cómo puede ser eso; yo no lo sé. —Díjole entonces Dios: Habla a estos huesos y diles: "Huesos secos, oíd la palabra del Señor: Yo haré entrar en vosotros espíritu de vida y viviréis; y pondré sobre vosotros nervios y haré crecer carne sobre vosotros y extenderé piel sobre vosotros y os daré espíritu y viviréis, y sabréis que yo soy el Señor".

—¡Te lo sabes de memoria, Ginesilla!; ¿cómo es eso?

—Es que lo he leído muchas veces, me confesó la pequeña.

—Pues, sigue, sigue; ¿qué más pasó?

—Aquel hombre habló así a los huesos, tal como Dios le había ordenado, y en seguida se produjo ruido y movimiento grande, entrechocándose los huesos y juntándose los unos con los otros, buscando cada cual su coyuntura...

—Ya entiendo, ya entiendo: ¡la danza macabra!; eso es lo que te ha producido ese espanto que no puedes echar; si bien veo que te vas tranquilizando. Dime: y luego ¿qué pasó?, inquirí por hacerle hablar.

—Pues, que le dijo el Señor: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y dirás al espíritu: Esto dice el Señor Dios: "De los cuatro vientos, ven, ¡oh espíritu!, y sopla sobre estos muertos y que vuelvan a vivir". Y profetizó aquel hombre como se lo mandaba el Señor, y entró el espíritu en aquellos muertos y vivieron y se levantaron sobre sus pies y formaron como un ejército incontable.

—¡Tienes muy buena memoria, Ginesilla! le dije entusiasmado. Ahora comprendo lo que no acertaba a comprender. Al oír el toque de ánimas y al pasar junto al Cementerio ¡también es casualidad!, has creído que se iba a repetir aquí, sobre este campo santo, la visión del Profeta, ¿no es eso.

—Si, eso mismo es; me dijo la niña, ya más tranquila.

—Pues, mira; hoy, no; esta noche no ocurrirá nada; estate segura. Otro día será; cuando tú y yo seamos del número de los muertos, y reposemos en este otro cementerio. Entonces también nuestros huesos surgirán e irán buscando cada cual su coyuntura, y se cubrirán de nervios y se vestirán de carne al conjuro de la voz del Señor, y de las cuatro partes del mundo, en todas direcciones, volverán las almas a los cuerpos y tendrán estos vida y se formará como un ejército inmenso de resucitados. ¿No sabías esto?

—Sí, porque nos lo explicó así don Balbino.

—¿Quién es ese don Balbino?

—El señor Cura.

—¡Ah, ya! —Pues, ahora, recemos por los difuntos y alejémonos de aquí, que continúas un poco excitada y temo que vuelvas a tu alucinación.

Hicímoslo así. Entretanto, el campanero, rebasando el tiempo que duró esta escena, continuaba tañendo a muerto.

¡Tín, tín! ¡Tán, tán!
¡Tín, tín! ¡Tán, tán!

¡Requiescant in pace!, dije.

¡Amén!, contestó Ginesilla con todo fervor.

José Madinabeitia, Pbro.

¡Lloran las campanas!

Lloran las campanas
en el campanario.
—¿No oyes, campanero,
cómo están llorando?
Lloran por mi hijo,
que murió hace un año.

Así decía una anciana,
en la tarde de los Santos,
mientras las hojas caían,
camino del camposanto.
Cubierta con su mantilla,
va caminando despacio;
vierten lágrimas sus ojos,
rezos musitan sus labios.

De hinojos ante la fosa
la ancianita se ha postrado.
Reza, la mirada en tierra,
a veces mira a lo alto,
por ver si encuentra en el cielo
lo que le falta aquí bajo:
aquel hijo de su alma,
que estaba siempre a su lado
y le ganaba el sustento
con la fuerza de su brazo;
el hijo aquel de su vida
que la servía de báculo
y con amor sostenía
su cuerpo ya quebrantado.

—¡Hijo mío, de mi alma,
quiero estar pronto a tu lado!

Ya la tarde languidece;
la anciana sigue rezando;
y allá lejos, las campanas
lloran en el campanario...

—¡Señor! mira que estoy sola,
porque al hijo me has llevado.
Haz que pronto vuele a Tí,
para que pueda abrazarlo...

Sobre la aldea dormida
está la luna velando.
La anciana, el último beso
deja en la losa de mármol.

Mientras tanto, las campanas
lloran en el campanario.
Aquí por un muerto rezan.
¡Din, don, din, dan!
Su tumba en un corazón.
¡Din, dan, din, don!
¡Qué inútil es nuestro afán!
¡Din, don, din, dan!
¡Qué breves las dichas son!
¡Din, dan, din don!

Al oirlas, la ancianita
en suspenso se ha quedado,
mientras oye que le grita
al alma el hijo llorado.

—¿Por qué sufres, madre mía?
¡Cesa ya de padecer!
¿Pues no sabes que algún día
nos volveremos a ver?

Benito Tapia Renedo, O. S. B.

Algo de cada cosa

PEOR QUE EL CANCER

UN hombre rico casó a tres hijas que tenía, dando a cada cuál una buena cantidad de dinero. Pasado poco más del año, fué a visitarlas.

—¿Cómo te va? —preguntó a la primera.

—Padre, contestó ésta; desde que se hizo cargo del dinero, mi marido se ha enviciado en el juego; ya no hace caso de mí y nos estamos quedando sin nada.

—No te dé cuidado, ni te apures, le respondió su padre. En acabándose el dinero, tendrá que trabajar; se acabaron entonces los naipes y serás feliz.

Fué enseguida a casa de la segunda de sus hijas y le hizo la misma pregunta que a la primera, respondiéndole ella:

—Sufro muchísimo, porque mi marido se pasa el día y la noche en las tabernas y en otros lugares peores aún, con lo que está dando al traste con nuestro capital.

—No te dé cuidado, le contestó su padre. En acabándose el dinero, si quiere no morirse, tendrá que trabajar, y se acabó el vino y la juerga.

También visitó el padre a su tercera hija, proponiéndola la misma pregunta que a las otras dos, a lo cual contestó ella que su marido se había dejado dominar por la avaricia, que no la daba un cuarto y que acabaría con su vida, pues la tenía muerta de hambre.

—¡Ay, pobrecita de mi alma! —dijo entonces su padre, abrazándola tiernamente. ¡Ay, hija de mi corazón! Tú si que eres desgraciada y no veo el fin de tu desgracia, porque la avaricia es el peor de los vicios, mucho peor que el cáncer para el cuerpo, porque la avaricia es un vicio del corazón...

¡ASI SUBEN ALGUNOS!

Cierto individuo que, por lo visto, quería escalar los alcázares de la grandeza o de la fortuna fuera como fuera, preguntó a Quevedo qué es lo que tenía que hacer para lograrlo. Y Quevedo, que nunca

tenía pelos en la lengua, le contestó con tanta filosofía como gracia:

—Para conseguir lo que deseas, hacen falta dos pocos y dos muchos, Es decir, *poca* conciencia y *poca* vergüenza; *mucha* codicia y *mucha* hipocresía.

COMO AL MISMO DIABLO

Ten miedo a las deudas como al mismo diablo. Al contraer una deuda no piensas que pronto llegará el tiempo de pagarla; pero es un hecho que los acreedores tienen mejor memoria que los deudores.

Al contraer tu deuda, vendiste tu libertad al acreedor, el cual, en caso de que no le pagues, puede avergonzarte ante los demás o echarte a la cárcel; y, en todo caso, tu crédito ha quedado deshecho o muy mermado.

No compres al fiado, sino al contado; porque, según dice el refrán: "Cochino fiado, hace buen invierno pero mal verano".

MAS VALE MAÑA . . . .

Un ciego tenía quinientas pesetas, y, creyendo guardarlas bien, las ocultó en un rincón de su huerta. Pero un vecino le vió mientras realizaba esta operación, las desenterró y se las llevó.

A los pocos días, quiso el ciego cerciorarse de que su dinero estaba en el mismo sitio; pero no lo encontró. Pensando, pensando, adivinó quién podía ser el ladrón. Pero, ¿cómo arreglárselas para recuperarlo?

Fuese en busca de su vecino y le dijo que le iba a pedir un consejo.

—Tengo mil pesetas —le explicó—; la mitad de las cuales he ocultado en sitio seguro. ¿Haría bien colocando la otra mitad en el mismo sitio?

El vecino le aconsejó que lo hiciera así, apresurándose a devolver a su lugar las quinientas pesetas robadas, con la esperanza de quedarse después con las mil. Pero el ciego, una vez que recuperó su dinero, llamó a su vecino y le gritó:

—Compadre, el ciego ha visto más claro que el que tiene los dos ojos sanos...

El peregrino.

NOTAS ALAVESAS

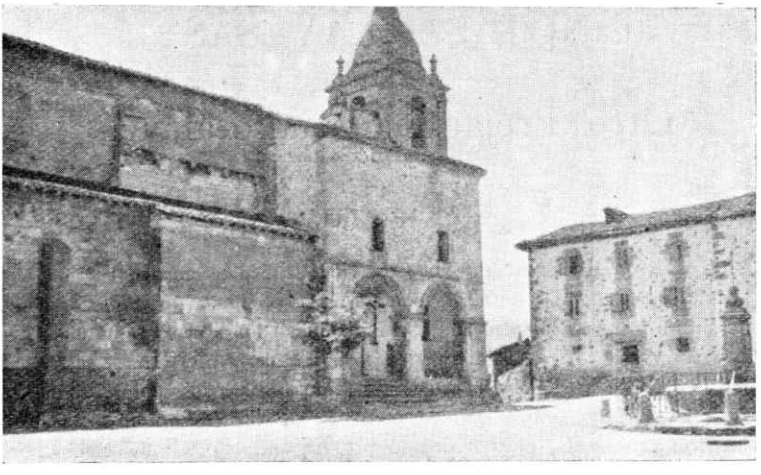
Otro Prelado mariano-alavés

(Memorias)

ERA el 8 de diciembre de 1910. La villa de Peñacerrada en la gran fiesta de la Purísima, al terminar la Santa Misión predicada por PP. Capuchinos, acudía en masa a la solemne Procesión que en honra de la Inmaculada tenía lugar, y el devoto cortejo se detenía en la Plaza del Norte para escuchar unas palabras del Padre Misionero y ver cómo se descubrían dos lápidas conteniendo esta leyenda: "Plaza de Fr. Jacinto Martínez y Sáez, Obispo de La Habana". Era un hijo del pueblo, muy recordado por los ancianos y muy bienhechor de aquella parroquia de la Asunción en la que recibió las regeneradoras aguas del Bautismo y quiso la villa tributarle este homenaje de agradecimiento a quien, ya obispo, solía decir que nadie debe olvidar la Pila en la que se purificó y fué elevado a la dignidad de cristiano, se hizo hijo de Dios y heredero del cielo. La hermosa platería con que enriqueció a la parroquia, la cúpula de la torre destrozada por un rayo y reedificada casi a costa del Sr. Obispo, el órgano que por su orden se fabricó, la capellanía por él fundada con el solo objeto de honrar a la Virgen en todas sus fiestas con función especial en la de la Concepción y Asunción a los cielos, el querer restaurar la ermita de Santa Eulalia, centro de la Real Divisa de los Piscinas y que por lo azaroso de los tiempos no pudo llevar a cabo y otras muchas manifestaciones externas de amor a su pueblo, le daban derecho a que la Villa manifestara de algún modo su agradecimiento y conservara la memoria de una de las figuras más salientes del Episcopado Español en el siglo XIX.

Estoy escribiendo para "ESTIBALIZ" y es justo que los devotos de nuestra Madre y Patrona se complazcan en admirar las grandezas de Prelados Alaveses que se distinguieron de un modo especial en su devoción a María, característica de nuestro pueblo.

Nació Fr. Jacinto en Peñacerrada el 9 de septiembre de 1812, en el bautismo recibe el nombre de Nicolás, toma el Hábito Capuchino en el desaparecido convento de Deusto, hoy Bilbao, el 15 de agosto de 1825, después de dos años de noviciado hace su profesión religiosa en Salamanca el 11 de septiembre de 1828. Terminaba sus estudios cuando fué sorprendido por la exclaustración de 1835. Es ordenado de presbítero el día de San José de 1836 y sigue estudiando y dedicándose a ministerios sacerdotales, pero le llama y acucia la vida claustral y pasa a Francia donde permanece desde el 1838 al 1843. En una expedición de PP. Capuchinos a Venezuela, sale de Marsella el 8 de junio. En esta expedición va el P. Fr. Cipriano, otro hijo de Peñacerrada, y del que tan poco se habla,



Vista parcial de la plaza de Peñacerrada

eclipsado sin duda por la grandeza de su hermano carnal y de religión Fr. Jacinto. Van a evangelizar indios, pero por intromisión del gobierno, tuvieron que dedicarse a servir curatos. Por ello Fr. Jacinto marcha a Méjico donde permanece dos años en ministerios de apostolado.

En el mes de enero de 1850 ya aparece en Cuba, con residencia en el Oratorio de San Felipe. El ministerio parroquial lo ejerció sobre todo en Matanzas donde levantó una parroquia dejando en la villa gratísimos recuerdos, sobre todo por sus sermones llenos de unción, elocuencia y doctrina. Dícese que enfervorizadas las gentes por el sermón en que exhortó a tomar parte y cooperar a la obra de la Iglesia, hasta las señoritas pedían por favor sacar algún escombro de los cimientos que se abrían. La amistad que le unió con el hoy Beato Padre Claret, debió nacer de aquel tiempo en que el Beato ocupaba la silla Metropolitana de Santiago de Cuba. No halló, sin embargo, ambiente el Padre Jacinto en Cuba para los altos fines que él perseguía, como no los halló al regresar a la península, por ello se dedicó con todas sus fuerzas al estudio en Toledo, donde cursó dos años de Derecho Canónico y se doctoró en Teología.

En sus grandes anhelos de vida claustral marchó a Roma donde fué designado Profesor del Colegio de San Fidel de Sigmaringa para las Misiones extranjeras fundado en 1841. El Papa Pío IX nombró visitador de las Indias Orientales y Arzobispo de Cartago al que había sido General de la Orden Capuchina, con el cargo de componer disensiones surgidas entre la Santa Sede y el Rey de Portugal sobre asuntos de patronato, y con tal Visitador se fué Fr. Jacinto a Oriente como Secretario del Arzobispo. Muere el 29 de Marzo de 1863 sin

terminar su misión el dicho Arzobispo y de nuevo vemos en Roma a Fr. Jacinto continuando sus tareas de profesor en el mismo Colegio de San Fidel.

Bien ajeno se encontraba de que Isabel II, se supone que inspirada por su confesor el P. Claret, le proponía para Obispo de La Habana. En el consistorio de 27 de marzo de 1865 es preconizado, recibiendo la consagración episcopal en la Capilla Real de Madrid el 11 de junio del mismo año. La Reina le hizo Caballero Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica. El emperador de Méjico Maximiliano le confiere la Gran Cruz de la Orden de Nuestra Señora de Guadalupe y dos años más tarde, el 17 de junio de 1867, Pío IX que tanto apreciaba y conocía las dotes extraordinarias de aquel Obispo, le nombraba Prélado Doméstico y Asistente al Trono Pontificio. Tomó posesión de su Diócesis el 27 de octubre de 1865.

Sus Visitas Pastorales, y frecuentes cartas a sus diocesanos, sus escritos sobre la Eucaristía, Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen que no sólo dan ciencia dogmática, sino que inspiran devoción, le dieron a conocer pronto como Pastor que no miraba a otra cosa sino a regir sus ovejas apacentándolas en los más sabrosos y saludables pastos.

Ofrece a sus amados diocesanos una importante Obra que titula: "Tesoros del Amor Virginal encerrados en el Corazón de la Madre de Dios" (Habana-1866-Imprenta Militar de Manuel Soler). Es un libro que dice lo mucho que de la Virgen sabía Fr. Jacinto, lo mucho que amaba a su Madre Santísima y lo mucho que deseaba que sus diocesanos ardieran en amores al Purísimo Corazón de la Madre y Señora. El mismo confiesa en su prólogo que la empresa le pareció tan grande y superior a sus fuerzas que muchas veces tembló al tomar la pluma para describir las bellezas inexplicables de la Virgen María. Principió la Obra el año de 1862, pero hubo de interrumpirla por su viaje a las Indias. Mas a su vuelta a Roma tuvo el consuelo de publicarla en 1864 y según él manifiesta pidió ante las aras de la Virgen que si era del agrado de su Hijo y del suyo le alcanzase la gracia de tal publicación para consuelo de las almas y ahora que es Obispo y tiene hijos diocesanos a quienes desea enfervorizar, le concede Nuestra Señora esta gracia, qué le colma de consuelo. Son ejercicios piadosos marianos para todo un mes como el de mayo: a ellos une un piadoso Tríduo al Corazón Inmaculado de María y una Corona devota al mismo Corazón con oraciones y Avemarías en memoria de los quince Misterios del Santísimo Rosario para los Sábados del año.

¿No ven mis lectores alaveses marianos que en ésto se descubre algo así como que la Virgen quería que el insigne Obispo presagiara algo de lo de Fátima? Pero aún queda mucho por decir y el artículo se alarga más de lo que pide el ajuste de la Revista. Continuaremos.

Desde Gordejuela,

Patricio Elósegui, Pbro.

CRONICA DE ESTIBALIZ

NOTA DE OTOÑO.—¿No es el otoño la estación que tiene en sí el mágico poder de despertar la melancólica sensibilidad de los poetas o de los que quisieran serlo? Las hojas que se tornan grises, después amarillas, después arrancadas del árbol y después llevadas y zarandeadas por el viento. Los amaneceres tardíos: las tardes con sus crepúsculos breves; las aves que escatiman sus gorjeos o que dicen al paisaje su adiós último: el sol tíbio y nostálgico... ¿no son todos estos motivos más que suficientes para inspirar musas lloronas y sentimentales? Y eso en el orden de la naturaleza, porque si nos trasladamos al reino de lo espiritual, entonces los motivos sí que son verdaderamente temas de inspiración recatada, interior y llena de nostalgias.

Pues todo eso que en torno del otoño se puede decir, se lo ha merecido en él presente año: porque el "veranillo de San Martín" ha tenido un largo preludio, casi de un mes, durante el cual hemos disfrutado de un tiempo delicioso. Salvo el día de Todos los Santos, la bondad meteorológica ha sido excelente y continuada. Y esto ha hecho también que nuestro Santuario haya recibido las visitas de los devotos, que en pequeños grupos han venido para saludar a nuestra excelsa Patrona Santa María de Estíbaliz.

EN ACCION DE GRACIAS A LA VIRGEN DE ESTIBALIZ.—"Ofrecí a mi hijita Pía-Raquel bajo la protección de nuestra Madre de Estíbaliz y fuí escuchada en mi petición. Agradecida, visito su Santuario y entrego estipendio para la celebración de Misas en su altar.—Mercedes Erquiaga, (Landa)".

"Estuvo enferma, primeramente, nuestra hija María-Teresa y, más tarde, su hermanita María-Ascensión, y en las dos circunstancias acudimos confiadamente a la protección de la Patrona de Alava Santa María de Estíbaliz, y tuvimos la alegría de verlas a ambas sin novedad. Agradecidos, visitamos su Santuario y encargamos la celebración de una Misa en su altar.—Manuel López y Cándida Oléjua".

"Nuestra hija María-Purificación fué molestada por una enfermedad y, llenos de confiada esperanza, pusimos por intercesora a Nuestra Señora la Virgen de Estíbaliz y fuimos favorablemente escuchados. Encargamos la celebración de una Misa en acción de gracias.—Félix Oz. de Mártioda y Felisa Oz. de Urbina, (Mendíjur)".

"Protegidas en manifiestas ocasiones por nuestra querida Virgen Santa María de Estíbaliz, a la que invocamos aunque vivimos lejos de su Santuario, venimos a visitarla y darle gracias públicamente en su Revista, que se recibe con el mayor cariño en nuestras casas.—Florencia Mz. de Antoñana, (Pasajes), Ana María Ramos, (Pasajes), Micaela García de Andoin (Tolosa) y María Pilar Bengoa, (Madrid)".

"En cumplimiento de una promesa por favores recibidos de Santa María de Estíbaliz, visitamos en acción de gracias su Santuario, recorriendo descalzos el camino. Nos acompaña nuestra madre.—Julio y María Mercedes Sagasti y Fz. de Matauco, (Esquerecocha).

Catequistas y niños de Guereñu en Estíbaliz.

Foto «Estíbaliz»

"Estando enfermo nuestro hijo Sabino, acudimos al auxilio poderoso de la Virgen de Estíbaliz, nuestra Patrona. Fuimos escuchados y nuestro hijo recobró la salud perdida. Le traemos al Santuario con su hermano Ignacio, para dar gracias a nuestra Madre del cielo.—Isaías Grajales y Rosario García".

"Por gracias alcanzadas de nuestra Madre de Estíbaliz, la visito en su Santuario y encargó la celebración de Misas en su altar.—Nicolasa Ruiz de Larrea, (Cerio)".

"Agradecido a la protección que me ha dispensado Santa María de Estíbaliz, le doy gracias públicamente y encargo se celebren Misas.—Timoteo Mz. de Marigorta, (Hueto Abajo)".

"Doy gracias a nuestra querida y celestial Madre Santa María de Estíbaliz y encargo una Misa en su altar.—María Julia Ibáñez de Garayo, (Alegría)".

"Habiendo experimentado repetidas veces la protección de Santa María de Estíbaliz, venimos a su Santuario para darle gracias, en unión de nuestros hijos María Ascensión, José Antonio y María Milagros.—Cecilio Lz. de Ullívarri y Lucía Oz. de Urbina, (Vitoria)".

"Damos públicamente gracias a Santa María de Estíbaliz, por favores recibidos, implorando su especial protección para l futuro.—Natividad Ibáñez de Garayo, Salomé y Beatriz Pz. de Arrilucea.—(Durango)".

PRESENTACION DE NIÑOS A SANTA MARIA DE ESTIBALIZ.—Por sus padres y para implorar sobre ellos las maternales bendiciones de la celestial Patrona de Alava, han sido presentados ante su altar:

Federico Arocena Hierro, hijo de don Federico y doña Felisa, (Vitoria). María Alecha Basterra, hija de don Pablo y doña Bernarda, (Mendoza). Jaime Basterra Castillo, hijo de don Daniel y doña Agueda, (Aberásturi). Juan José y Miguel-Angel Lz. de Abechuco Betoño, hijos de don Eustaquio y doña Rafaela, (Vitoria). María Resurrección López Basterra, hija de don Manuel y doña Mariana (Aberásturi).

Jesús María y Nicolás Díaz de Arcaya Sáez, hijos de don Telesforo y doña Dorotea, (Adana). Miguel Angel y Paquito Suso Ibáñez, hijos de don Jesús y

La niña María Nieves Sz. de Buruaga Alzola, milagrosamente protegida por la Virgen de Estíbaliz

doña Paulina, (Maestu). María Jesús y María-Sol Arcauz Errasti, hijas de don José y doña Lucía, (Larrea), sobrinas de la señorita Albina Errasti, Propagandista de "ESTIBALIZ".

Félix Lizarralde y Mz. de Ibárreta, hijo de don José y doña Agustina, (Zuazo de San Millán). María-Angeles Redondo, hija de don Martín y doña Valentina, (Vitoria). Rosa-María, María-Elena y María Victoria Plazaola Romarategui, hijas de don Enrique y doña Kekile, (Vitoria). María Pilar Martínez Barrondo, hija de don Germán y doña Teresa, (Pasajes San Pedro).

María Teresa Ruiz de Garibay González, hija de don Bernabé y doña Teresa, (Gamarra Menor). María Milagros Sáenz de Buruaga, hija de don Faustino y doña Victoria, (Miñano Mayor). Baustista, Clara, María Lourdes y María Dolores Eguílaz y Mz. de Soria, hijas de don Florencio y doña Antonia, (Erenchun).

Carlos María Fz. de Mendía y Rz. de Erenchun, hijo de don Félix y doña Fermina, (Zurbano). Juanita y Antonio Peciña y Fz. de Mendía, hijos de don Prudencio y doña Emilia, (Zurbano). María Elena y José Miguel Subijana Arrázola, hijos de don Saturnino y doña Rafaela, (Oreitia). José María y Elenita Sz. de Asteasu Morillas, hijos de don Anastasio y doña María, (Adana).

María Begoña y Rosa María Salazar y Pz. de Arenaza, hijas de don Alfredo y doña Ascensión, (Vitoria). Andrés Ignacio Pz. de Arrilucea y Fz. de Gamboa, hijo de don Cayo y doña Rosa, (Vitoria). Florentina Ugalde, hija de don Simón y doña Isabel, (Orenin).

José Ignacio, José Luis y José Antonio García de Vicuña Quintana, hijos de don Feliciano y doña Jesusa, (Eguileta). José Luis Pérez Altuna, hijo de don Antonio y doña Rosario, José Luis Lz. de Alda González, hijo de don Francisco y doña Germana. José Ignacio Arrieta y Oz. de Orruño, hijo de doña Emilia, (Vitoria). María Purificación y Jesús Carlos, hijos de don Ponciano y doña Benita, (Los Arcos). Pedro María Alvarez Moraza, hijo de don Teodoro y doña Basilia (Pamplona).

EL CRONISTA

Imp. Provincial de Alava